

# RICARDO CASTRO

POR EL DOCTOR ALFONSO PRUNEDA

(Leído en el concierto transmitido el día 16 de julio de 1948, por "Radio-Universidad".)

Una mañana de mayo de 1907 despachaba yo tranquilamente en la oficina de la Sección de Instrucción Secundaria, Preparatoria y Profesional de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, a cuyo frente me había hecho la distinción de ponerme mi muy ilustre Maestro don Justo Sierra, cuando se acercó a mi escritorio un caballero pulcramente vestido, de rostro distinguido, de cabellera un tanto descuidada y con bigote de puntas largas y peinadas hacia afuera, como entonces era la usanza, que con voz suave y ademanes de gente acostumbrada al trato social, me saludó preguntándome "¿Es usted el doctor Pruneda?" "Su servidor", le respondí, sin figurarme quién era el interesante caballero que estrechaba mi mano. "Doctor, me dijo al sentarse en el modesto sofá burocrático; perdone usted que lo interrumpa en sus ocupaciones y, sobre todo, que me haya atrevido a dedicarle estas dos piezas que pongo en sus manos." Quien me daba el inesperado placer de conocerlo era el reputado pianista y compositor Ricardo Castro, que acababa de regresar de Europa y que me había hecho el honor insigne de honrar mi nombre al ponerlo en la carátula de *Dos piezas íntimas*, sus más recientes composiciones pianísticas.

Han pasado ya 41 años y todavía recuerdo la profunda emoción que me causara el gesto tan generoso como inesperado, de un consagrado artista mexicano y de un reputado maestro y compositor. Como tocaba yo entonces el piano, pude leer con alguna dificultad aquellas selectas y delicadas composiciones y, un poco después, pude deleitarme al darme cuenta de sus excelencias y de la sensibilidad que tan delicadamente las envolvía. Seis meses después, en noviembre de 1907, en representación de la Secretaría fundada por el inolvidable don Justo, tenía la honda pena de presidir los funerales de uno de los músicos mexicanos más ilustres, cuyas obras, más y más conocidas y ejecutadas, habrían de rodearlo de sincera y general admiración y de asegurarle un lugar de excepción en el mundo artístico mexicano.

Ricardo Castro, a quien estamos honrando hoy en este concierto organizado por la Escuela de Música de nuestra Universidad, nació en la ciudad de Durango el 7 de febrero de 1864 y murió en esta capital el 28 de noviembre de 1907. Discípulo predilecto de los maestros Salvatierra, Melesio Morales y Julio Ituarte, desde joven se despertó su exquisita sensibilidad musical; honró la cátedra de piano, entre cuyos discípulos sobresalieron Rafael J. Tello y Julio Muirón, y fué enriqueciendo el acervo musical de nuestro país con sus variadas y siempre selectas producciones, que ojalá puedan ser reeditadas, con el decoro que se merecen, pa-

ra que no falten en las bibliotecas de nuestras instituciones musicales y de nuestros artistas.

Profesor de piano ejemplar; pianista de altos vuelos y, sobre todo, compositor tres veces insigne, Ricardo Castro, en lo personal, se distinguió por sus sobresalientes cualidades morales, que nunca se obscurecieron, a pesar de su trato franco y cordial con amigos suyos del grupo que se llamaba de los "bohemos". De temperamento al parecer tímido, pero que era más bien concentrado en sí mismo, como si prefiriera charlar interiormente, su carácter se exteriorizaba en diáfana tranquilidad. Luis G. Urbina, "El Viejecito", como le llamaban cariñosamente sus amigos, que trató íntimamente a Ricardo Castro, le dijo en una ocasión: "Usted tiene las tres virtudes que rara vez se ven reunidas en un hombre: la del sentimiento, la del pensamiento y la de la voluntad." Reconocía así que en Castro predominaba la sensibilidad, que imprime a su música lo que se ha llamado un romántico sentimentalismo. Pero, también, en sus composiciones, que a pesar del tiempo siguen siendo estimadas, aunque tal vez no tanto como se merecen, resalta una elegante aristocracia, que en veces se antoja de gusto frío aunque siempre noble. Colorista de matices suaves, su música, siempre sensitiva, prorrumpe a veces en quejas, nunca lastimeras ni exageradas, y en ocasiones adquiere tonalidades grandiosas, llenas de dignidad y de señorío. Pertenece Ricardo Castro, como su amigo Gustavo R. Campa (otro músico muy digno de recordación), a la escuela que se llamó francesa, quizás por la elegancia y la exquisitez que son propias de la cultura artística de ese nombre. Pero, como Campa también, Ricardo Castro supo insinuar en su valiosa producción musical, delicadas manifestaciones de la sensibilidad mexicana, sin contaminarlas nunca con exóticas vulgaridades.

Como ha sucedido con otros músicos, dignos por mil títulos de ese noble y comprometedor vocablo, la vida de Ricardo Castro se tronchó cuando apenas llegaba a su madurez. Pocos días después de decir en una reunión de amigos, en que de sobremesa se charlaba de la Muerte, que él "no esperaba morir porque se sentía sano y fuerte", la *Intrusa*, como dijo Urbina, volvió por aquél que "no la quería y nunca pensaba en ella".

La obra de Ricardo Castro es rica y abundante. Esencialmente pianística, comprende valsos primorosos, entre los que destaca el *Vals capricho*, elegante y vigoroso; algunas danzas pintorescas; los poemas líricos; el *Canto de amor*, que resiste la comparación con el de Liszt; doce estudios; fantasía sobre diversas óperas, y otras más que son también joyas de nuestra no muy abundante producción

musical. Conocedor y hábil dominador de la orquesta, enriqueció aquel tesoro con su concierto para piano y orquesta; su concierto para violoncello; su *Vals capricho* para piano y orquesta (la última obra que le oímos ejecutar) y su *Minuetto* para instrumentos de arco. Y para coronar su obra, Castro dió a su patria la bella ópera *Atzimba*, cuyo intermezzo es una joya exquisita; *La leyenda de Rudel* y otras tres óperas, que se conservan inéditas. Toda esta producción musical, que hará imperecedero el nombre de Ricardo Castro, merece con plena justicia ser más y más conocida, para que sea más y más estimada y para que pueda despertar más emo-

ciones, como las que la hicieron surgir del espíritu de su creador, honra y gloria de nuestro México.

Por fortuna para nosotros, dentro de breves momentos vamos a ser de los que gocen de esa música, al escucharla a través del temperamento de uno de los más grandes cultivadores de ese arte excelso, el Maestro Carlos del Castillo, a quien tanto debe la educación musical de México. Como dijo recientemente el gran director Sevitsky en nuestro Palacio de Bellas Artes: "*La música habla por sí misma*"... Dejémosla hablar en su lenguaje divino y escuchémosla con devoción y recogimiento.

## LA AGRUPACION "CULTURA Y UNIVERSIDAD"

El 11 de agosto último se inauguró en "Radio-Universidad" la emisión de una serie de programas que prepara la recién constituida agrupación "Cultura y Universidad", compuesta por jóvenes estudiantes. Los propósitos del grupo quedan expuestos en los dos breves discursos que reproducimos, y que fueron pronunciados en el acto de apertura del ciclo.

PALABRAS DEL LIC. JUAN GONZÁLEZ ALCÁNTARA Y ALPUCHE, DIRECTOR GENERAL DE LOS SERVICIOS ESCOLARES DE LA UNAM.

La Universidad es fundamentalmente la casa de los Profesores y de los Estudiantes. En cuanto a estos últimos la Universidad siente el deber de estimular su vocación y de proporcionarles, con ese objeto, los medios de manifestarla. Al mismo tiempo esto puede hacerse al servicio de la cultura nacional.

Imprenta y radio son vehículos de comunicación por los que la Universidad se vierte sobre la nación entera.

Es estimulante encontrar que los universitarios se agrupan para promover la difusión de la cultura. Al hacerlo, se definen a sí mismos, y sirven a la Universidad y a México.

Por medio de la difusión y crítica de

obras seleccionadas de escritores mexicanos y extranjeros la naciente agrupación "Cultura y Universidad", que inicia esta noche sus trabajos, a través de la "Radio-Universidad", llena dos objetos: el primero y más importante, definirse a sí mismos en su vocación de estudiantes universitarios; y el segundo, propagar el conocimiento de las obras maestras de los escritores nacionales y extranjeros.

Al prestarle este vehículo la Universidad, el citado grupo estudiantil debe encontrar en nuestra Casa de Estudios su hogar intelectual, el que les da los elementos culturales para su formación, el material de estudio y meditación, en fin, el vínculo para poder llegar a sí mismos por el camino del espíritu. Así es como estos estudiantes se vinculan a la Universidad y, sirviéndose a sí mismos, sirven también a la Universidad y a México. Al dar a conocer y analizar las obras maestras del pensamiento mexicano y extranjero, que van a difundir los componentes del grupo, difunden así un conocimiento que contribuye a la formación de la conciencia de México.

Las cosas más importantes de la vida suelen ser las que nacen modestamente. No sabemos adónde conducirá este nacer modesto de los trabajos del grupo "Cultura y Universidad", que ahora presenciamos. Pero nos hallamos seguros de que este esfuerzo no significa un grano aventado en tierra estéril; porque basta el solo esfuerzo para contar ya con un propósito de superación por parte de los universitarios, que garantiza la cosecha fecunda. Y ese propósito de superación es lo que cuenta, tratándose de jóvenes en formación.

La Rectoría de la Universidad Nacional Autónoma de México ve, pues, con beneplácito, los propósitos que inspiran al grupo "Cultura y Universidad", como los de todos los estudiantes universitarios

CORTESIA DE

A R M C O  
MEXICANA,  
S. A.

Avenida Morelos, 45

México, D. F.